

AIBR

Revista de Antropología
Iberoamericana

www.aibr.org

Volumen 17

Número 3

Septiembre - Diciembre 2022

Pp. 453 - 472

Madrid: Antropólogos
Iberoamericanos en Red.
ISSN: 1695-9752
E-ISSN: 1578-9705

¿Qué quedará...?

**Algunas respuestas desde la autoetnografía y la ficción
para jóvenes**

Ruth Behar

University of Michigan, Ann Arbor

rbehar@umich.edu

Recibido: 15.07.2022

Aceptado: 09.09.2022

DOI: 10.11156/aibr.170302



RESUMEN

Últimamente no dejo de pensar que estoy escribiendo para la próxima generación, para aquellos como mi nieta, que han llegado al mundo durante este momento de la pandemia, con toda su ansiedad e inseguridad. Me imagino que para ella la vulnerabilidad será una parte normal de una vida de la que ya no se sabe cómo definir su normalidad. Pensando en estos temas, trataré de dar algunas respuestas sobre los legados que estamos dejando y cómo la autoetnografía y la ficción para jóvenes proponen maneras de buscar la confluencia entre el pasado, el presente y el futuro. Entre *lo que quedará*, espero mostrar la importancia de los momentos de conexión que logramos en los encuentros antropológicos y en la creación artística, momentos que nos permiten sentir que compartimos una herencia humana que nos pertenece igualmente a todos y todas por el hecho de existir en el mundo.

PALABRAS CLAVE

Legados, vulnerabilidad, autoetnografía, ficción, España, México, Cuba.

WHAT WILL REMAIN...? SOME RESPONSES FROM AUTOETHNOGRAPHY AND YOUNG PEOPLE'S FICTION

ABSTRACT

I keep thinking lately that I am writing for the next generation, for those like my granddaughter who have come into the world during this time of the pandemic, with all its anxiety and insecurity. Vulnerability, I imagine, will be for her a normal part of life that no longer knows how to define its normality. Thinking about these issues, I will try to give some answers about the legacies we are leaving behind and how autoethnography and young people's fiction propose ways of looking for the confluence between the past, the present, and the future. Among *what will remain*, I hope to show the importance of the moments of connection that we achieve in anthropological encounters, as well as artistic creation, moments that allow us to feel that we share a human heritage that belongs equally to all of us because we exist in the world.

KEY WORDS

Legacies, vulnerability, autoethnography, fiction, Spain, Mexico, Cuba.

El tema del Congreso de la Asociación de Antropólogos Iberoamericanos en Red en 2022 es la *creación de legados*. Se nos pidió que reflexionáramos sobre cómo podemos hablar de crear legados en un momento de profunda incertidumbre y ansiedad sobre el futuro. En todos los niveles —individual, comunitario, nacional, global, planetario— nos enfrentamos a una vulnerabilidad extrema. Tenemos mucho conocimiento de nuestra condición y, sin embargo, estamos muy confundidos acerca de cómo resolver nuestro dilema.

El mundo entero ha soportado más de dos años de una pandemia interminable. El surgimiento de nuevas variantes de Covid todavía dificulta retomar la vida por completo. Y la muerte de millones de personas en todo el mundo nos ha afectado a todos, queramos reconocerlo o no. Estos años de plaga han ido acompañados de una sensación de temor apocalíptico sobre el calentamiento global. Los desastres climáticos catastróficos han provocado sequías, inundaciones, incendios, pobreza, hambre, hogares en ruinas, hogares desaparecidos en un abrir y cerrar de ojos.

La proliferación de armas nucleares y la militarización en todo el mundo nos ponen a todos en riesgo. Los tiroteos escolares en Estados Unidos y los violentos crímenes de odio en todo el mundo nos llenan de angustia. La elaboración de perfiles y el encarcelamiento injusto de personas de color y la deportación de refugiados e inmigrantes indocumentados han aumentado la desigualdad racial y normalizado la brutalidad de la hegemonía blanca.

La creciente discriminación antigay y antitrans, y la posición precaria de las mujeres, a medida que aumenta la violencia doméstica y disminuyen nuestros derechos sobre nuestros cuerpos, reflejan una tendencia preocupante hacia el tipo de futuro distópico imaginado en *El cuento de la criada* de Margaret Atwood (Atwood, 1986). El surgimiento de gobiernos autoritarios, las fracturas políticas en todo el mundo, la prohibición de libros y las amenazas contra la libertad de expresión intensifican aún más los sentimientos de inseguridad que se han vuelto demasiado comunes en la sociedad del siglo XXI.

Nuestro mundo se siente roto, nuestro planeta frágil. La vulnerabilidad se ha convertido en un concepto intensamente relevante en nuestra era, y la angustia se ha convertido en una condición demasiado familiar. ¿Cómo, entonces, vamos a avanzar? Espero que, al compartir algunas historias de mis experiencias como antropóloga y escritora creativa, al menos pueda ofrecer algunas ideas sobre cómo tener una discusión productiva sobre esta pregunta crucial.

Hace veinticinco años propuse la noción del antropólogo/la antropóloga como un/una «observador vulnerable». Me resultó imposible inves-

tigar la vida de otras personas de una manera distante y desapegada, como se esperaba de mí. Me sentí afectada emocional e intelectualmente por lo que presencié cuando viajé a España, México y Cuba, los lugares que se convirtieron en mis sitios de campo. Llegué a definir mi trabajo antropológico sobre «*la pérdida, el duelo, el anhelo de la memoria, el deseo de entrar en el mundo que te rodea sin tener idea de cómo hacerlo...*» (Behar, 1996: 3).

A fines de la década de 1990, la palabra «vulnerabilidad» no se usaba mucho. Recuerdo que los colegas me miraron divertidos cuando hablé de ser un «observador vulnerable», como si hubiera dejado escapar una blasfemia. Ahora escuchamos la palabra diariamente. Nuestro mundo no solo es vulnerable, sino que todos nos hemos convertido en observadores vulnerables a medida que avanzamos en nuestras vidas preocupados por la próxima catástrofe. La pandemia ha demostrado cuán enredados estamos todos los unos con los otros; ya no es posible pretender ser un observador distante, desapegado, ya sea de otras sociedades o de las nuestras.

Si bien hay motivos para sentirnos tristes por nuestro mundo actual, también se debe decir que vivimos en una época de mayor compasión y sensibilidad que nunca. Los libros que enseñan bondad y empatía están muy extendidos. Se está realizando un trabajo antirracista. El movimiento #MeToo ha logrado algunos avances. Se están derribando monumentos a la esclavitud y el colonialismo en todo el mundo, recuperando espacios públicos y rehaciendo la memoria pública. Los artistas están creando obras llenas de magia y visión. Más que nunca, sabemos que la supervivencia de la humanidad depende del cuidado conjunto de nuestro único mundo, nuestro único planeta.

La gente se está levantando, hablando. En el verano pasado, el 11 de julio de 2021, en medio de la Covid, la escasez de alimentos, el calor y los constantes cortes de luz, miles de personas en Cuba participaron en una protesta histórica. En lugar de cantar *Patria o Muerte*, el lema revolucionario, corearon la letra de la canción *Patria y Vida*. Vida. No la muerte. Cientos de jóvenes están en la cárcel por este acto de rebelión, en una isla que alguna vez celebró la rebelión como medio de transformación social. Una nueva generación en Cuba busca el cambio y ya no tiene miedo de exigirlo.

Es urgente que visualicemos el mundo que podría ser, un mundo que valore la vida, la justicia y el bienestar para todos. Ahora, como abuela, me pregunto qué le depara el futuro a mi nieta, nacida durante este momento de la pandemia, un momento de ajuste de cuentas con la mortalidad, un momento en el que la vulnerabilidad es la norma. No puedo saber qué significarán mis viajes, mi escritura, para ella y otros de la generación

que acaba de surgir ahora. Todo lo que puedo hacer es transmitir las historias que me dan esperanza para la humanidad, historias que me hacen querer lanzarme al mundo con asombro y sin miedo.

* * *

Yo era joven, con solo veintiún años, cuando mi profesor, Jim Fernández, de ascendencia asturiana, me dejó en Santa María del Monte, un pequeño pueblo de la provincia de León. Mientras se despedía, dijo: «*Está bien, ahora ve a hacer el trabajo de campo*». No tenía idea de cómo empezar. Solo había tomado un año de cursos de antropología, todos muy teóricos. Pero la gente de Santa María sería la que me enseñaría. Me convertirían en una antropóloga, su antropóloga. En ese pueblo, donde yo no tenía raíces, pero llegué a entender el significado de las raíces, pasaría dos veranos más, un año entero y varios veranos más. Fue donde me denominé a mí misma como «observadora vulnerable», durante un doloroso verano de 1987, cuando era una madre joven y elegí estar en Santa María investigando las costumbres de la muerte en lugar de estar con mi abuelo moribundo en Miami Beach.

Mucho antes de dedicarme a la antropología, hubo muchas cosas que me atrajeron a España. Al crecer en una familia de inmigrantes judíos cubanos en los Estados Unidos, siempre había hablado español. Era mi primera lengua y una lengua amada. Por parte de mi madre, la familia era Ashkenazi, de Europa del Este, y mis abuelos hablaban español con acento yiddish. De niña tenía un vago entendimiento de que mis abuelos turcos sefardíes, mis abuelos paternos, tenían un «acento» diferente porque hablaban otro español, un español anticuado. No sabía que era una lengua legítima, conservada y reinventada durante siglos después de salir de España, y que se llamaba ladino. Todo lo que sabía era que el español me vino no solo por haber nacido en Cuba sino por el legado de España. A través del idioma, la comida, las historias y los ataques de rabia y dolor inexplicables que vi en mi padre y su familia, me transmitieron que teníamos raíces en España; la expulsión de 1492 había dejado cicatrices emocionales y una añoranza nostálgica por el hogar perdido, expresada en canciones de amor sefardíes desgarradoramente tristes.

Por eso, cuando tuve la oportunidad de viajar en un programa de semestre en el extranjero como estudiante universitaria, elegí ir a España. Era el otoño de 1975. Tenía diecinueve años y fumaba Ducados y bebía Jerez y pasaba las tardes en el Museo del Prado, paralizada por las *pinturas negras* de Goya. Aunque era emocionante estar sola por primera vez cuando era joven, nunca me sentí despreocupada. La guardia civil con sus

rígidos uniformes verdes y sus intimidantes tricornios estaba apostada por todo Madrid. Traté de no mirarlos nunca, y cuando lo hice, sus miradas eran tan duras que me dieron escalofríos. Fui testigo del silencio aterrador que envolvió a Madrid cuando murió Franco. Después, regresé para terminar la universidad. Leí Don Quijote y tomé la imprudente decisión de dirigir una representación de La Casa de Bernarda Alba en lugar de estudiar para mis exámenes, que casi suspendí. Vestía blusas blancas de seda, faldas onduladas, botas altas, sombreros de fieltro de ala ancha y tocaba la guitarra clásica española. Echaba de menos España.

Que me pidieran hacer trabajo de campo en Santa María del Monte parecía algo destinado. Pero no estaba preparada para cómo mi corazón sería tocado por la experiencia de estar en un pueblo español que había perdido a la mayoría de su población y continuaba tratando de mantener una forma de vida que parecía irremediabilmente anticuada, como me dijeron los propios aldeanos. Ingenuamente, puse un pie en esa España de la que los españoles se habían avergonzado, la España que Sergio del Molino llamó *La España vacía* (Molino, 2016), y se convirtió en un lugar para repensar qué significaba la antropología y por qué importaba.

En la época de los años 70 y 80, los antropólogos optaron por vivir en pequeñas aldeas, en comunidades «cara a cara», como se las llamaba, donde era posible conocer a todos. Trabajar en ciudades, transnacionalmente o con inmigrantes moviéndose de un lugar a otro, aún no era concebible para la mayoría de los antropólogos. La noción del «sitio de campo» adecuado dependía del arraigo en un espacio, donde se pensaba que las tradiciones y los legados se mantenían intactos. El «sitio de campo» contrastaba con los centros metropolitanos de los que procedían los antropólogos, que se consideraban cambiantes y desprovistos de las tradiciones que buscaban en su investigación.

Encajo en este molde del antropólogo cosmopolita que busca el ideal de arraigo en otro lugar. Crecí en Nueva York en apartamentos llenos de gente; era una niña inmigrante, hija y nieta de inmigrantes. Imagínense a mí, extremadamente joven, tremendamente seria, pidiendo ser adoptada en un pueblo de 120 personas donde todos iban a misa todos los domingos. Todos, es decir, menos el pastor del pueblo, Aurelio, que pasaba sus días en el monte con el rebaño colectivo, y José, un minero del carbón jubilado anticlerical que había trabajado en Suiza y volvió y se construyó un chalé con piscina. Pero yo, como mujer y huésped, estaba obligada a ir a misa. Habría sido una falta de respeto no ir. En Santa María todos asumían que yo era católica porque nací en Cuba y hablaba español. Normalmente no les corregía. Quería su aceptación. Y necesitaba su amor.

En ese momento, cuando me encontré por primera vez con la gente de Santa María, mi padre me había repudiado. Había rechazado a mi pareja David por no ser judío y exigió que dejara de verlo. Cuando me negué, dejó de hablarme y me declaró muerta. Fui con David a Santa María sin avisar a mis padres. Por eso era tan importante para mí el vínculo con la gente de Santa María. Unos años más tarde, David se convirtió al judaísmo; nos casamos y el conflicto con mi padre se resolvió, pero en el momento de mi primer trabajo de campo me sentí huérfana.

David era un gringo que había huido de Texas. Había estudiado ruso, no español. En Santa María todos pensaban que el español era el idioma más maravilloso y que debía ser hablado por todas las personas. No podían entender por qué David había sido tan limitado lingüísticamente. Se burlaban de él constantemente. Germiniano, que tenía un gran sentido del humor, señalaba su cabeza calva cada vez que veía a David y decía «¡Calvo! ¡Cal-vo!», para que aprendiera la palabra. Y David aprendió español bastante bien. Y aprendí a rezar el rosario en español y a santiguarme y arrodillarme en los momentos oportunos de la misa. Estas acciones le hubieran dolido mucho a mi familia, pero quería parecerme lo más posible a las personas que estaba estudiando, por absurdo que pareciera ahora en retrospectiva.

Y así fue que pasé horas, meses, años, en sus campos, en su iglesia, en sus casas, en sus fiestas. Le di toda mi atención a los aldeanos que se quedaron en Santa María, casi todos los cuales eran ancianos para mí; tenían hijos y nietos que habían sido parte del éxodo rural y ahora vivían en Madrid y Bilbao y otras ciudades y volvían en los veranos para ayudar en la cosecha y de vacaciones. Había muchas cosas que nunca podría aprender, como recolectar heno y trigo, pero ayudé a recolectar papas y me lastimaron los riñones tal como dijeron que lo haría. Fui patética al recolectar la sangre de los cerdos sacrificados; se rieron de lo mareada que me ponía solo con sostener el balde. Admiraba su sistema de tenencia de tierras comunales que había hecho posible que la gente sobreviviera en tiempos difíciles. Vi con mis propios ojos lo bien que se unían como comunidad en situaciones de crisis; una vez, durante un incendio, inmediatamente formaron una fila para pasar cubos de agua hacia delante y fue una coreografía hermosa y humana. Transcribí los documentos históricos del pueblo y los leí y discutí con los aldeanos que me ayudaron a interpretarlos. Documenté sus vidas en entrevistas; no todos estaban contentos con lo que se decía el uno del otro. Tomé miles de fotos con mis cámaras de gran formato. Mis fotografías mostraban a los aldeanos en el trabajo, utilizando herramientas y carretas de vacas e implementos que unas décadas más tarde estarían en exhibición en el museo etnográfico de León.

Esas imágenes se convirtieron en parte de la colección del museo, el archivo del pueblo y su sitio web. Preservé y defendí su legado, como si hubiera sido mío, devolviendo lo mejor que pude el amor que me habían mostrado al darme la bienvenida a mí, una extraña, en sus vidas, cuando estaba huérfana de mi familia y cultura.

La gente de Santa María se asombraba infinitamente de cómo yo había aparecido de la nada, traída allí por un profesor, misteriosamente, para pedirles sus historias, para dar testimonio de su esfuerzo por permanecer en la tierra en un momento en que la urbanización, el crecimiento de la cultura de mercantilización y la globalización corporativa hicieron que pareciera tonto y atrasado continuar cultivando tu propia comida en pequeños pueblos donde todos se conocían. Se necesitarían años para que surgiera el movimiento de alimentos orgánicos y para que se desarrollara conciencia sobre la protección de la belleza de los espacios y costumbres locales; por aquel entonces, los aldeanos que conocí no sentían orgullo; estaban avergonzados y humillados de estar trabajando «como brutos» en la tierra. Ahora nos damos cuenta de que tenían conocimientos que son cruciales para el bienestar ecológico. Recuerdo a Balbino, en cuya casa vivimos durante dos veranos, ofreciéndonos manzanas de sus árboles que habían sido almacenadas en una bodega para los meses de invierno. «*Se ven feas, pero saben bien*», me dijo, mordiendo una. Pero yo estaba acostumbrada a las bonitas manzanas rojas de la tienda. No podía comerlas y lo insulté terriblemente al rechazarlas.

Años más tarde, los nietos y bisnietos de las personas que conocí en Santa María me encontraron en Internet y me escribieron para obtener información sobre su historia. El libro que resultó de la tesis, *The Presence of the Past in a Spanish Village* (Behar, 1986), traducido como *La presencia del pasado en un pueblo español* (Behar, 2013a), se convirtió para esta generación más joven en un documento importante sobre las tradiciones y la forma de vida de sus antepasados, a quienes tuve la dicha de conocer. Bruno Castro Benito, un joven de uno de los pueblos vecinos, que estudiaba antropología, se encargó de traducir mi libro al español. Lo hizo por su padre, para que su padre pudiera leerlo, como un acto de amor. Esto me hizo darme cuenta de que en el centro de la etnografía está el regalo: el regalo de historias y legados transmitidos, recopilados por antropólogos por amor, no solo por el bien de las ciencias sociales, sin saber quién los necesitará.

La última vez que estuve en España, en 2019, conocí a Tonio en un bar de León con Fran, un apasionado de la historia de Santa María y que ha creado una web para el pueblo. Tonio creció en Madrid y se convirtió en chef, pero decidió volver a sus raíces en Santa María.

Acababa de llegar con su esposa y su hijo. Inmediatamente noté sus tatuajes. En su brazo derecho, se había tatuado «el Chef», pero en su brazo izquierdo vi una imagen que me resultó familiar. Era su abuela, dijo. Cuando Tonio levantó su brazo izquierdo y me mostró en su teléfono celular la imagen con la que se modeló el tatuaje, me di cuenta de por qué me resultaba familiar: ¡yo había tomado la fotografía! Su abuela era Amparo, con su traje de viuda negra, que usaba a diario, cribando granos de trigo con una de las cerandas hechas a mano que todavía se usaban en ese entonces, que luego encontraron su hogar en el museo etnográfico.

La foto la había tomado en 1984, cuando usé una Rollei de formato cuadrado. Siempre ampliaba las fotos y se las daba a las personas que fotografiaba. Nunca imaginé que una de estas fotografías terminaría grabada en la carne de un nieto que había crecido en la ciudad, lejos de la vida rural de una abuela que conocí a través de mi trabajo de campo. Tonio estaba buscando sus orígenes, y mi antropología era un mapa de un hogar ancestral abandonado que había adquirido un nuevo significado para una nueva generación. Aquí estaba, el sentido de posibilidad, la confluencia de pasado, presente y futuro, la interconexión que la antropología podría hacer posible. En la región vacía de España, en la España vacía, donde los pueblos esperan a sus nietos perdidos, el viaje de Tonio y el mío se habían cruzado y aterrizado en la misma orilla.

Me di cuenta de que era posible crear un legado conscientemente, como lo había hecho con mis escritos y fotografías sobre Santa María y compartiendo mi trabajo con la gente del pueblo y el museo etnográfico, ayudando a construir un archivo al que todos pudieran acceder. Y me di cuenta, a través de Tonio, que era posible crear un legado inconscientemente, como un hermoso legado imprevisto. Al documentar visualmente la vida de Amparo, no tenía idea de que una de mis fotografías tendría una vida más allá en el recuerdo de un nieto, para hacerse visible en su propia carne.

Como ha dicho Rebecca Solnit acerca de ser escritora: «*La respuesta a tus palabras puede llegar mucho después de que te hayas ido y nunca llegar a tus oídos, si es que alguien te escucha en primer lugar*» (Solnit, 2004: 64). Es cierto lo que dice Solnit; no sabes quién heredará tu legado, si es que alguien lo hereda, pero a veces puedes tener la suerte, como la tuve yo, de recibir la respuesta en vida, cuando llegué a ver mi mirada antropológica inscrita en el tatuaje de Tonio.

Después de los años en España, fui con David a hacer trabajo de campo en Mexquitic, un pueblo en la región de San Luis Potosí en el Norte de México. Conocí personas que querían ir al otro lado a trabajar y no podían cruzar porque eran pobres e indocumentados. Como inmigrante cubana, se me concedió un camino fácil hacia la ciudadanía estadounidense porque los cubanos eran vistos como refugiados políticos que escapaban del comunismo. Con mi pasaporte crucé fácilmente la frontera entre Estados Unidos y México. La política fronteriza me afectó profundamente. Fue doloroso estar en una situación tan desigual y al principio no estaba segura de poder hacer trabajo de campo en México. Me dediqué a la investigación histórica, centrándome en los casos de brujería de mujeres que estaban documentados en los registros de la Inquisición mexicana. También me había interesado en la etnografía feminista y estaba explorando las formas experimentales y creativas de escritura producidas por generaciones anteriores de mujeres antropólogas estadounidenses.

Mientras investigaba en el archivo histórico de San Luis Potosí, encontré un caso de 1599 sobre una bruja *guachichil*. Era una anciana, parte de la comunidad indígena cazadora y recolectora *guachichil*, que en ese momento había sido casi completamente vencida por los conquistadores españoles, y había intentado encabezar un levantamiento contra la Corona y la Iglesia. Suficientes personas estaban convencidas de sus poderes como bruja, así que los gobernantes locales la consideraban peligrosa. Fue juzgada y ahorcada el mismo día. Me inspiré en esto para escribir un ensayo sobre la historia de esta mujer, cuyo nombre no se mencionaba en el registro. El ensayo apareció en inglés en 1987 y en español unos años después (Behar, 1987 y 1995), pero no esperaba muchos lectores. Ahora, más de veinticinco años después, ha llamado la atención de un grupo de personas en San Luis Potosí, que afirman tener ascendencia *guachichil*. Esta identidad indígena, que se creía borrada, ha vuelto a la vida, y mi ensayo es una referencia clave en la búsqueda de un patrimonio cultural. Lo que alguna vez pareció un proyecto antropológico esotérico ha encontrado una generación más joven que lo trata como un trabajo de anclaje sobre su historia. El ensayo ahora está siendo republicado en línea por el Colegio de San Luis Potosí para hacerlo más accesible.

Finalmente encontré mi camino de regreso al trabajo de campo en México cuando me enteré de Esperanza, en el pueblo de Mexquitic, a quien se consideraba una «bruja». Al principio me intimidaba, pero finalmente me atrajo a una relación con ella y nos convertimos en comadres. Tenía una voluntad fuerte, muy consciente de cómo el género, la raza y la clase limitaban sus posibilidades en la vida. Hizo preguntas que me lleva-

ron a cuestionarme mucho sobre mi privilegio como escritora y etnógrafa. El libro que escribí sobre ella (Behar, 1993 y 2009) es tanto la historia de su vida como un examen de la política de poder cruzar la frontera mexicana y traer su historia a los Estados Unidos para su procesamiento y consumo.

Ahora que miro hacia atrás en su historia, en el contexto del caso del aborto de la Corte Suprema de los EE.UU., Esperanza era una mujer consciente de que no tenía el control de su fertilidad. Me contó que dio a luz a varios bebés que murieron por la rabia —el coraje— que tragarón con su leche materna. La rabia venía de haber sufrido al ver a su madre sufrir por violencia doméstica. Luego, como su madre, ella también soportó el dolor de las palizas de un marido abusivo. Pero encontró el coraje para dejar a su esposo y se fue a trabajar como vendedora ambulante para mantener a los niños que sobrevivieron. Como no se avergonzaba de su independencia y como su esposo se quedó ciego después de que ella lo dejó, la acusaron de ser una «bruja». En verdad, ella era solo una mujer que, antes de que surgiera el movimiento feminista, se negó a vivir una vida que le resultaba intolerable.

Esperanza se enorgullecía de la historia de su propia vida, lo que ella llamaba *sus historias*. Ella entendió en su corazón, aunque no había confirmación oficial de ello en ninguna parte de su mundo social, que sus historias importaban. Podía estar sola y triste, pero tenía sus historias. Ella insistió en que su hijo menor y su hija estuvieran presentes durante las sesiones de entrevista. Quería que apreciaran la importancia de que yo, una mujer culta «del otro lado», le di a la historia de su vida al querer convertirla en un libro. Ella estaba transmitiendo su legado a sus hijos y a mí al mismo tiempo.

Despreciada como bruja en su comunidad, Esperanza no había tenido miedo de hablar y protestar por la injusticia de su condición. Su vida transcurrió antes de que el movimiento feminista afirmara que las mujeres deberían tener las mismas oportunidades que los hombres para desarrollar sus dotes intelectuales y creativos, sin temor a la discriminación, el abuso y la opresión. Aprendí a través de mi relación con Esperanza que antes de que existiera el feminismo había mujeres valientes. Ella era una de esas mujeres valientes. Reconocemos ahora que las luchas de mujeres como Esperanza dieron origen al feminismo. Con la pérdida de los derechos de las mujeres que estamos presenciando en este momento, espero que nuevamente busquemos mujeres valientes que alzarán su voz, sabiendo que serán acusadas de ser brujas por exigir el derecho a su plena humanidad.

Después de los viajes a España y México, comencé a viajar de ida y vuelta a Cuba. Muchos exiliados cubanos, como mis padres, se niegan a volver a visitar la isla, no queriendo comprometerse con un país del que huyeron. Al ir a Cuba en contra de la voluntad de mis padres, sentí que estaba siendo desagradecida por los sacrificios que habían hecho para darme una vida mejor en los Estados Unidos. Yo era «una niña vieja», y las primeras visitas fueron tan intensas que lloré inexplicablemente. Seguía deseando que mis padres pudieran acompañarme. En cambio, temían por mi seguridad. Cada vez que iba a Cuba me preocupaba que no me dejaran salir de nuevo. Sin embargo, estaba decidida a crear una relación normal con mi tierra natal y busqué construir puentes culturales entre cubanos y cubanoamericanos. Regresé a los lugares donde vivía mi familia, donde viví yo, como para recuperar esos sitios de memoria y hacerlos míos nuevamente.

Inicialmente, no me atreví a hacer trabajo de campo en Cuba, así que escribí poemas, luego ensayos personales y cuentos. Formé amistades con escritores y artistas, incluyendo un estrecho vínculo con el artista de libros cubano Rolando Estévez, quien me instó a traducir mis poemas del inglés al español para que fueran conocidos en la isla. Hemos colaborado en varios proyectos y él ha creado hermosos libros hechos a mano que presentan mi escritura. Regresar a Cuba me permitió liberar el alma creativa que se había estado escondiendo dentro de la antropóloga. Poemas sobre el regreso a Cuba, sobre el mar, sobre el amor y la pérdida y la mortalidad, sobre las calles rotas de La Habana, fueron como encontré mi camino de regreso al país donde se había interrumpido mi infancia.

Finalmente, me sentí lista para hacer trabajo de campo y elegí estudiar a la comunidad judía desde mi perspectiva como antropóloga de la Diáspora. Después de que la Revolución se volviera comunista en 1961, la mayoría de los 15.000 judíos de la isla se fueron a los Estados Unidos. Su sustento económico se vio amenazado cuando se expropiaron empresas privadas (la mayoría eran comerciantes o vendedores ambulantes) y temían que su identidad judía estuviera en peligro cuando se cerraran las escuelas religiosas y se impusiera el ateísmo a la nación. Solo se quedaron alrededor de 1.500 judíos, algunos porque creían en la Revolución, otros porque no querían irse de Cuba.

Cuando tenía cuatro años y medio, fui parte del éxodo de los judíos que huyeron de Cuba. Mirando las viejas fotografías en blanco y negro de mi familia, me preguntaba qué rastros quedaban de la presencia judía: los cementerios, las sinagogas y las Torás. ¿Quién se hacía cargo de este legado? ¿Qué recuerdos judíos habían sobrevivido a los años del ateísmo revolucionario? ¿Qué había sido de los pocos judíos que se quedaron en

la isla? ¿Quién podría haber sido yo, si mi familia hubiera elegido quedarse en lugar de irse?

Buscando respuestas a estas preguntas, viajé por toda la isla reuniéndome con judíos en ciudades y pueblos. Más que escribir una etnografía de una comunidad, creé una crónica de mis encuentros (Behar, 2007 y 2010). A algunas personas las conocía bien; a otros los encontré una sola vez y con un sentido de urgencia, sabiendo que no nos volveríamos a ver. Documentos y recuerdos eran los medios por los cuales las personas demostraban su judaísmo, permitiéndoles participar en la comunidad e incluso, si así lo deseaban, salir de Cuba hacia Israel. Sostuvieron ante mi mirada las reliquias, fotografías, recuerdos y documentos que habían guardado: la foto de la última quinceañera celebrada en la Sinagoga del Patronato en 1959, el *talit* o manto de oración que había pertenecido a un amado abuelo de Turquía, el contrato de matrimonio judío de los abuelos que podía servir como «pasaporte» para salir de la isla, los documentos de conversión que certificaban su judaísmo y la postal enviada décadas antes a Cuba por un familiar en un campo de concentración.

Me di cuenta de cómo las cosas materiales juegan un papel clave en la unión del pasado, el presente y el futuro. Pienso en mi madre: cuando huimos de Cuba, mi padre, decidiendo de la noche a la mañana que no podía vivir en un régimen comunista, tuvo la sensatez de empacar en su maleta dos prendas que agradezco mucho que salvara: su camisón de luna de miel, hecho con el encaje que vendían mis abuelos en su tienda de La Habana y cosido a la medida de su cuerpo; y mi uniforme escolar azul, que usé durante unos meses, pero para siempre me recuerda que una vez fui una niña en Cuba.

A diferencia de la comunidad judía que existía en la época de mis padres, donde casarse con alguien de otra fe era tabú, la mayoría de los judíos en Cuba hoy en día no son judíos genealógicos. Son «judíos por elección», algunos de ellos descendientes de judíos que se casaron con no judíos y fueron exiliados de la comunidad en el período anterior a 1959, otros son no judíos que se casaron con miembros de la comunidad y se convirtieron religiosamente. Son un microcosmos de Cuba, que incluye personas de una amplia gama de antecedentes raciales, étnicos, religiosos y de clase. Siento un profundo sentimiento de gratitud tanto hacia los judíos que se quedaron en Cuba como hacia aquellos que eligieron formar parte de la comunidad judía. Aunque ahora son menos de mil, la responsabilidad de velar por la memoria judía en la isla es enorme; sin ellos, esa memoria se perdería. Reconozco que mi obra es un reconocimiento de mi deuda con su presencia y la esperanza de que el legado judío no desaparezca del suelo de Cuba.

Después de años de viajes obsesivos de ida y vuelta a Cuba, volví nuevamente a España, donde comenzaron mis viajes. Era un nuevo siglo y la España que había conocido años antes se había transformado. La vida comunal de pueblos como Santa María había terminado; los ancianos que había conocido habían fallecido, y los pocos supervivientes vivían con sus familias en las ciudades. Había más inmigrantes en España y una conciencia de los españoles que eran afrodescendientes. Los restaurantes chinos se habían convertido en parte del paisaje urbano. Y noté que había surgido un interés oficial y popular en la historia y cultura sefardí y ahora había gente en España orgullosa de afirmar su ascendencia judía. La Red de Juderías de España había nacido, creando una nueva conciencia sobre los pueblos y ciudades donde vivieron judíos hace más de 500 años y haciendo posible visitar sinagogas restauradas ahora convertidas en museos.

Por supuesto, encontré mi camino a Béjar, donde formé parte de una peculiar cumbre de judíos sefardíes de apellido Behar que se reunieron (en 2004) para buscar nuestras raíces en ese pueblo, tan cerca de Salamanca. Aunque al final no llegamos a una conclusión definitiva sobre nuestros orígenes, yo, junto con la mayoría de los participantes, llegamos a sentir una conexión espiritual con Béjar, y me alegró estar presente en la inauguración de su Museo Judío. Al igual que mis compañeros Behar, sentí una extraña alegría de que un pueblo en España me diera la bienvenida como si todavía perteneciera allí (Behar, 2013a y 2020a). Esperaba que fuera suficiente consuelo para nuestros antepasados que partieron de España cantando canciones de amor que no pudieron olvidar.

* * *

Al final, ¿cuál ha sido el propósito de todos mis viajes? Mi hermano me hizo esta pregunta. Es músico en Filadelfia y odia viajar. Prefiere quedarse en casa, componer, tocar el piano, vivir en el mundo de la música, que no le moleste la incomodidad y la ansiedad de irse a otro lado. «*Haces viajes lejanos y ¿qué encuentras?*», bromeó. «*Solo gente, ¿verdad? Entonces, ¿por qué no centrarse en las personas que te rodean?*»

A medida que crecí, llegué a comprender la perspectiva de mi hermano. Estoy aprendiendo sobre el placer de no ir a ningún lado y hacer viajes de la imaginación. Por supuesto, en antropología, a menudo hacemos el viaje y luego regresamos a un lugar que llamamos *hogar* para escribir la historia retrospectivamente; también recurrimos a la imaginación para escribir nuestras etnografías. Y las historias de ficción a menudo requieren investigación, ya sea histórica, etnográfica o ambas. Pero sigue

siendo una experiencia bastante diferente bordar sobre la realidad, poner pensamientos en la cabeza de los personajes y palabras en sus bocas, inventar personas que nunca existieron en la vida real (hasta donde se sabe), o inventar personas que existieron y los hicieron más agradables de lo que eran o quizás más interesantes.

Encontré mi camino en la ficción cuando comencé a escribir *Lucky Broken Girl*, traducido como *Mi buena mala suerte*, una historia contada por una niña inmigrante de diez años llamada Ruthie (Behar, 2017 y 2022c). Ella había comenzado a adaptarse a su nueva vida en Nueva York después de dejar Cuba con su familia y luego resultó gravemente herida en un accidente automovilístico y debía pasar un año en cama con un yeso corporal para recuperarse. Fue liberador y tremendamente emocionante estar limitada solo por mi imaginación al escribir esta novela, aunque estaba basada en una historia real. Ruthie era yo y no era yo. Tenía que ponerme no solo en la cabeza de la niña que fui hace tantos años. También tuve que ponerme en su cuerpo y volver a sentir el terror de estar confinada en la cama y completamente indefensa, incapaz de moverme, dependiente de su madre y de otros para cuidarla, y su desnudez cubierta solo por una sábana, mientras el futuro estaba lleno de incertidumbre.

Había contado la historia por primera vez en un ensayo, *The Girl in the Cast* («La niña de la escayola», Behar, 1996: 104-135), donde abordé cómo este evento traumático me afectó emocionalmente, y años más tarde me provocó terribles ataques de pánico. También reflexioné sobre cómo mi noción de «observadora vulnerable» surgió de esta experiencia. Ese proceso de pensamiento fue importante, pero fue solo cuando comencé a crear un mundo ficticio en torno a la experiencia que finalmente entendí el gran encanto que puede ejercer la pluma. Tenía el poder de inventar cosas que nunca habían sucedido y hacerlas parecer ciertas. Las palabras que deseaba que me hubieran dicho pudieran decirse por fin y hacer que mi corazón se sintiera tan feliz. En el libro, hay un momento en el que Ruthie tiene un yeso más pequeño en la pierna derecha pero aún debe quedarse en cama. Es el día de Año Nuevo y está nevando. Los dos asistentes del hospital que la han estado llevando al hospital para sus visitas al médico hacen una visita sorpresa con una camilla. La llevan a jugar en la nieve con los otros niños y hacen un muñeco de nieve. Ruthie está encantada. Se siente casi como una chica normal otra vez. Mientras escribía, sentí la belleza de ese momento. Parecía tan real que podía sentir los copos de nieve. Y cuando mi madre lo leyó, dijo: «*Recuerdo cuando pasó eso*». Pero tuve que decirle: «*Mami, eso nunca pasó. Lo inventé*». Quería magia en esta historia, por lo demás sombría, y a través de la ficción tenía permiso para crearla.

No era solo la voz de Ruthie la que necesitaba ser representada, sino la de toda la comunidad que la rodeaba: familia, vecinos, amigos, el médico, las enfermeras, la fisioterapeuta. En ese sentido, sentí que estaba nuevamente haciendo antropología, entendiendo el «pueblo» en el que se desarrolló la experiencia de esta joven. Quería asegurarme de que no solo se mostrara su origen judío cubano, sino que quienes la rodeaban también tenían identidades complejas. Los personajes son mexicanos, belgas, puertorriqueños, irlandeses y bengalíes, y sus subjetividades como inmigrantes se presentan de manera matizada, mostrando cómo confluyen en el barrio de Queens, Nueva York. En última instancia, quería mostrar la gran diversidad en la que crecí, consciente de mi identidad judía cubana mientras me cruzaba con muchas otras personas que estaban comenzando una nueva vida mientras buscaban aferrarse a los legados culturales de los países que habían dejado atrás.

* * *

Pasé a escribir una segunda novela, *Cartas de Cuba*, provocada por mi horror ante la criminalización de los inmigrantes en la frontera de los Estados Unidos y cómo los niños eran separados de sus familias y colocados en jaulas (Behar, 2020b y 2021). Quería hablar en contra de la crueldad de la postura antiinmigrante y se me ocurrió que mi familia era parte de esta historia. Mis cuatro abuelos judíos no pudieron ingresar a los Estados Unidos en las décadas de 1920 y 1930 debido a una política de inmigración racista que imponía cuotas a los inmigrantes de Europa del Este y del Sur. No deseados en los Estados Unidos, fueron a Cuba en su lugar. Eso hizo que mis padres nacieran en Cuba, y yo también. Después de la revolución de 1959, fuimos recibidos con los brazos abiertos en los Estados Unidos, el mismo país que le había cerrado la puerta a mi familia en una época anterior. Soy una *escritora latina* debido a los giros y vueltas de la política racial en torno a la inmigración a los Estados Unidos.

De mis cuatro abuelos, mi abuela materna Esther tenía una historia dramática que me había fascinado desde que era niña. Esther fue la primera de siete hijos en tomar un barco a través del océano para encontrarse con su padre, quien ya estaba en Cuba luchando por ganarse la vida. Había ahorrado suficiente dinero para traer solo a uno de sus hijos a Cuba y quería elegir a su hijo mayor. Pero mi abuela, la mayor de todos los hijos, le rogó que la dejara ser la primera en irse, prometiéndole que lo ayudaría a traer al resto de la familia a Cuba. Cumplió su promesa y salvó a su familia, sacándolos de Polonia en vísperas del Holocausto. Me atrajo la valentía de mi abuela y me inspiré en su historia para crear un

cuento ficticio centrado en una niña judía polaca que se enamora de las diversas culturas y religiones de Cuba.

Además de mi interés en la historia de los judíos en Cuba, he examinado las raíces africanas de la cultura cubana. La isla ha conservado una cantidad impresionante de cultura de África occidental (religión, música, danza) y se dice que la gente viene de Nigeria para presenciar los rituales que alguna vez realizaron sus antepasados. Escogí ambientar la novela en Agramonte, un pueblo azucarero de la provincia de Matanzas, porque allí vivía mi abuela y su familia cuando se reunieron todos en Cuba. Agramonte es un centro histórico de la cultura afrocubana y tuve la suerte de ir allí varias veces y presenciar los rituales realizados con los tambores sagrados *batá*. Los tambores aparecen en la historia y hacen que Esther tome conciencia de otra forma de espiritualidad, diferente a las tradiciones judías, pero igualmente hermosa en la preservación de un legado de un pasado lejano.

Elegí escribir el libro como una serie de cartas que Esther le escribe a su hermana Malka, quien espera en Polonia con el resto de la familia hasta que pueda venir a Cuba. La historia tiene lugar en 1938. Pensé en cómo era la época anterior a Internet cuando la gente tomaba un barco para cruzar el océano y terminaba en un lugar muy diferente. Se comunicaron a través de cartas, donde compartieron historias personales e información práctica. Encontré varios libros con cartas publicadas de inmigrantes a los Estados Unidos, pero desafortunadamente no hay un archivo de cartas escritas por inmigrantes judíos a Cuba. Tuve que inventar las letras, usando mi imaginación para llenar el vacío. Donde falta la historia, recurrimos a la imaginación para contar las historias que de otro modo se perderían para las generaciones futuras.

* * *

Más recientemente, he escrito un libro para niños más pequeños, un libro ilustrado, *El nuevo hogar de Tía Fortuna* (Behar, 2022a y 2022b). Fue un desafío interesante contar una historia completa en menos de mil palabras. Sentí que estaba escribiendo un poema en prosa. Aunque era un libro para niños pequeños, de 4 a 6 años, sabía que un adulto le estaría leyendo el libro a un niño o niña y, por lo tanto, la historia tenía que atraer tanto al niño o niña que está dentro del adulto como al niño o niña al que se le está leyendo la historia.

Es muy agrídulce esta historia, lo cual no es de extrañar, ya que se centra en el legado sefardí, que es melancólico por definición. Me imaginé a una niña llamada Estrella acompañando a su tía Fortuna el día que

tiene que mudarse de su casita rosada en la playa y crearse un nuevo hogar en una residencia asistida. La casita rosada es parte de un edificio llamado Seaway que será demolido para construir un hotel de lujo. Tía Fortuna no tiene más remedio que mudarse. En cierto modo, como sus antepasados hace quinientos años, está siendo expulsada.

La tía Fortuna ha perdido un hogar en Cuba y ahora está perdiendo un hogar en Miami Beach y conoce muy bien cómo los antepasados perdieron sus hogares en España y Turquía. Pero sin querer entristecer a su sobrina, le cuenta que las *borekas* que le ofrece —como empanadas, rellenas de papas y queso— contienen un ingrediente especial, la esperanza, ya que sus ancestros encontraron esperanza por donde quiera que fueran. Su lenguaje está lleno de expresiones en ladino como «*mazal* bueno» y el árabe «*Mashallah*», que los judíos sefardíes usan a menudo para decir «si Dios quiere».

Tía Fortuna todavía tiene la llave de la casa que perdió en Cuba, y también se guarda la llave de la casa que está perdiendo en Miami Beach. Después de instalarse en la «casa de los viejitos», le da a Estrella un regalo especial: la llave de la casita rosada. Cuenta la leyenda que los sefardíes se llevaron las llaves de sus casas cuando salieron de España. Incluso la joven Estrella llega a comprender la pérdida del hogar. La llave, que ya no podrá abrir la puerta de un hogar que será destruido, seguirá despertando recuerdos en su corazón, quizás el único hogar que nadie nos podrá quitar.

* * *

¡Hemos hecho muchos viajes en este congreso y espero no haberos cansado!

Cuando pienso en lo que me atrajo a la antropología, fue la idea de buscar períodos de exilio voluntario. Vivir entre hogares, entre idiomas, entre cosmologías, tenía sentido para mí por haber sido una niña inmigrante. Que pudiera ejercer este estado de intermediación como una profesión parecía increíble. La promesa no era que ibas a encontrar un hogar. La promesa era que tendrías un consentimiento sin restricciones para relacionarte con el mundo de la manera en la que lo hacen los inmigrantes: obsesivamente conscientes de la no permanencia y agradecidos por los momentos de conexión.

La antropología cumplió esa promesa para mí. He tenido la suerte de relacionarme con el mundo como inmigrante en muchos lugares, sabiendo que mi presencia era efímera, pero encontrando esos momentos de conexión. He buscado crear legados y preservar la memoria cultural a

través de la investigación etnográfica, la investigación de historia de vida, la investigación de archivos y escribiendo ficción para niños y adultos jóvenes. No puedo decir qué será de este conocimiento. Pero en varias ocasiones, ha reconfortado mi corazón presenciar las intersecciones maravillosamente inesperadas que han tenido lugar, uniéndome a una variedad de personas que encontraron un valor en mi trabajo que yo no sabía que estaba allí.

Es vertiginoso pensar en cómo estamos acumulando documentación sobre nosotros mismos a un ritmo y en una cantidad sin precedentes en la historia de la humanidad, sin mencionar lo que recopilan las cámaras de vigilancia y otras herramientas invasivas de recopilación de datos. Estamos dejando atrás archivos de lo profundo y lo trivial. ¿Serán esos archivos una carga para los que vendrán después de nosotros? ¿Qué pasará con la gran cantidad de selfis que se toman cada día? ¿A quién le importarán? ¿Cómo se tomarán las decisiones sobre qué conservar y de qué prescindir? ¿Podría terminar eliminándose todo con solo presionar un interruptor?

Creo que creamos legados sin saber qué quedará y qué desaparecerá. La política, por supuesto, juega un papel importante en el que los individuos y las comunidades son recordados y honrados. La lucha por el legado es la lucha por la cultura, el conocimiento y la verdad. Las voces e historias que se conservan cuentan con el respaldo de las fuerzas del poder y del sistema social construido a través de él. Los antropólogos y escritores se esfuerzan por empujar contra el peso de esas fuerzas de poder, dando voz a historias alternativas que necesitan ser escuchadas.

Con el mundo en llamas, no podemos saber qué legados desaparecerán o resultarán demasiado onerosos para aferrarse, mientras las nuevas generaciones intentan sobrevivir en medio de nuevas complejidades. Pero creo que el trabajo que hacemos como antropólogos/as y escritores/as, construyendo lentamente una comprensión de unos pocos seres humanos a la vez, aprendiendo lentamente en detalle los dilemas que enfrentan esos seres humanos para mantener su propia humanidad, tratando lentamente de comprender las comunidades que les dan forma, es un trabajo importante que nos sobrevivirá. Tengo la esperanza de que, incluso en estos tiempos de conflictos e intensas divisiones políticas, encontremos una manera de unirnos en nuestra interconexión y sanar nuestra sociedad global y nuestro único planeta. Como observadores vulnerables, construyamos esa confianza para que podamos llenar los vacíos en nuestras historias y esforzarnos por imaginar un futuro más equitativo y creativo, lleno de los viajes reales e imaginativos de la inmigrante que vive con una maleta junto a su cama.

Referencias

- Atwood, M. (1986). *The Handmaid's Tale*. Houghton Mifflin.
- Behar, R. (2022a). *Tía Fortuna's New Home: A Jewish Cuban Journey*. Alfred A. Knopf, Penguin Random House.
- Behar, R. (2022b). *El nuevo hogar de Tía Fortuna: Una historia judía-cubana*. Alfred A. Knopf, Penguin Random House.
- Behar, R. (2022c). *Mi buena mala suerte*. Vintage Español, Penguin Random House.
- Behar, R. (2021). *Cartas de Cuba*. Vintage Español, Penguin Random House.
- Behar, R. (2020a). *Un cierto aire sefardí: Recuerdos de mis andares por el mundo*. Editorial Verbum.
- Behar, R. (2020b). *Letters from Cuba*. Nancy Paulsen Books, Penguin Random House.
- Behar, R. (1995). *Las visiones de una bruja guachichil en 1599: hacia una perspectiva indígena sobre la conquista de San Luis Potosí*. Centro de Investigaciones Históricas de San Luis Potosí.
- Behar, R. (2017). *Lucky Broken Girl*. Nancy Paulsen Books, Penguin Random House.
- Behar, R. (2013a). *La presencia del pasado en un pueblo español: Santa María del Monte*. Diputación de León.
- Behar, R. (2013b). *Traveling Heavy: A Memoir in Between Journeys*. Duke University Press.
- Behar, R. (2010). *Una isla llamada hogar*. Linkgua Ediciones.
- Behar, R. (2009). *Cuéntame algo, aunque sea una mentira: Las historias de la comadre Esperanza*. Fondo De Cultura Económica.
- Behar, R. (2007). *An Island Called Home: Returning to Jewish Cuba*. Rutgers University Press.
- Behar, R. (1996). *The vulnerable observer: Anthropology that breaks your heart*. Beacon Press.
- Behar, R. (1993). *Translated woman: Crossing the border with Esperanza's story*. Beacon Press.
- Behar, R. (1987). The visions of a Guachichil witch in 1599: A window on the subjugation of Mexico's hunter-gatherers. *Ethnohistory*, 32(2): 115-138.
- Behar, R. (1986). *The Presence of the Past in a Spanish Village: Santa María del Monte*. Princeton University Press.
- Molino, S. (2016). *La España vacía: Viaje por un país que nunca fue*. Turner.
- Solnit, R. (2004). *Hope in the Dark: Untold Histories, Wild Possibilities*. Nation Books.